

demonstrado que *la actividad psíquica no es ó no puede ser otra cosa que la proyección de un movimiento atraído por impresiones exteriores y que se produce entre las células de la sustancia gris*. (Extracto de un artículo publicado en la *Revista hebdomadaria MENSCHUM GUTNA*, 1889, núm. 46.)

Es evidente que Büchner confunde en este pasaje dos teorías muy distintas: una que concibe el espíritu y la materia como las formas fenomenales de una sola é idéntica substancia; otra para la cual la materia es «el fondo material», y, por consiguiente, los procesos psíquicos no son lógicamente *otra cosa* que movimiento (ó «proyección de un movimiento»). A la vez profesa dos teorías. El infatigable propagandista de la influencia de los postulados de las ciencias naturales en nuestra concepción del mundo no ha visto esta inconsecuencia; acaso no tenía á sus ojos gran importancia, porque, á decir verdad, no se proponía enseñar una teoría filosófica determinada; además, ha creído en su celo haber demostrado hasta la evidencia lo que desgraciadamente no es posible demostrar.

Enrique Czolbe (1819-1873), médico como Büchner, trató con un sentido crítico más profundo de determinar las consecuencias de la doctrina de las ciencias naturales. En sus primeros escritos es un materialista lógico. En las obras: *Nueva exposición del sensualismo* (1855) y *El origen de la conciencia del yo* (1856), así como en el artículo: *Los elementos de la psicología desde el punto de vista del materialismo* (ZETTSCHRIFT FÜR PHILOSOPHIE, XXVI), explica que el materialismo contradice las ciencias naturales, en cuanto que éstas se adhieren á la teoría de la energía específica de los nervios sensibles y creen, por consiguiente, en una diferencia entre las impresiones sensibles y los procesos exteriores correspondientes. Como contraposición á esta teoría, Czolbe emite la opinión de que un solo é idéntico movimiento es el que desde el mundo exterior se transmite al cerebro por los órganos de los sentidos y por los nervios. En ningún punto se producen modificaciones cualitativas; la diversidad de los diferentes sentidos

debe, por el contrario, explicarse por la intensidad diferente con que el movimiento se efectúa en los diferentes órganos. La unidad de la conciencia se explica por la reacción sobre sí mismos que operan los movimientos circulares, es el órbita que permite estas clases de movimientos circulares, es el órbita de la conciencia. De esta manera, Czolbe aspira á concebir pura y simplemente la sensación y la conciencia del yo como un movimiento en el espacio. Pero, como pensador claro y lógico que es, se da cuenta de que, si hace sin más precauciones la sensación y la conciencia del yo idénticas al movimiento, se debe volver por pasiva la proposición y decir que allí donde se produce un movimiento de cierta intensidad y de cierta forma, debe haber también conciencia, de suerte que resulta una animación universal de la naturaleza. El desevolviniento lógico del materialismo le conducía, pues, á sobrepujarse á sí mismo.

Más tarde (en la obra *Los límites y el origen del conocimiento humano*; 1865, y en el interesantísimo artículo: *Las matemáticas en cuanto ideal para cualquier otro conocimiento y las relaciones de las ciencias empíricas con la filosofía* (ZETTSCHRIFT FÜR EXAKTE PHILOSOPHIE; 1866), Czolbe reconoció que es imposible explicar el mundo por un solo principio, ya se encuentre este principio con Büchner en la materia, con los filósofos especulativos en el espíritu ó con los teólogos en Dios. Llegamos solamente á una explicación partiendo de muchos elementos, y llamamos elementos lo que no podemos analizar ya. Los elementos que no pueden reducirse recíprocamente son los átomos materiales, las fuerzas orgánicas y los elementos psíquicos (cuya suma forma el alma universal). Entre estas tres clases de elementos se produce una acción común armoniosa que realiza un encadenamiento final de la naturaleza. El mundo se afirma como unidad, no en su origen, sino en su dirección. Así se advertía que el problema de la existencia es más complicado de lo que creía el materialismo. En sus investigaciones posteriores, que han sido impresas en parte, Czolbe se aproximaba á las ideas fundamentales de

Spinoza, de las cuales quería dar una expresión empírica. En lo que concierne á los diferentes períodos de la filosofía de este vigoroso pensador, remitimos aquí al artículo de Vaihinger: *Las tres fases del naturalismo de Czolbe* (Philosophische Monatshefte, XII).

Lo que se admira en Czolbe desde el principio hasta el fin, es que exige la claridad y la inteligibilidad de todos los conceptos fundamentales. Quería desterrar todo elemento místico y suprasensible, y por esta razón trataba de concebir, en lo posible, todas las ideas con una claridad geométrica. Más bien en obsequio á la inteligibilidad, que por la demostración rigurosa, proclamaba á las matemáticas como el ideal de la ciencia. En su juventud se había entusiasmado con la poesía de Hölderlin, y se había propuesto el fin de defender la claridad y la alegría de vivir de los griegos contra todo misticismo y contra todo dualismo. La inteligibilidad en el dominio del pensamiento iba, para él, unida á la alegría causada por el mundo natural. De igual manera que el desenvolvimiento del principio de la inteligibilidad en el pensamiento puede exigir trabajo, así también se necesita quivás resignación para manifestar en la práctica el júbilo causado por la vida real; pero en el dominio teórico, como en el dominio práctico, Czolbe quiere combatir lo que llama «la necesidad de la transcendencia». Ya durante su período materialista, confiesa que el móvil más profundo de su filosofía es la necesidad subjetiva de inteligibilidad y la necesidad de atenerse á la realidad; el materialismo era para él un postulado, que más tarde cedió el puesto á otros postulados.

Ernesto Haeckel (nacido en 1834, profesor de zoología en Jena desde 1865), ha sido clasificado con frecuencia entre los materialistas, pero él mismo ha definido su concepción: un monismo que se sobrepone á la oposición del espiritismo y del materialismo, y que parte de la gran idea fundamental de los panteístas acerca de la unidad de la naturaleza. Para el monismo no existe ni espíritu ni materia, en

el sentido ordinario de la palabra, sino una sola cosa, que es espíritu y materia á la vez. Emite sus ideas filosóficas generales, especialmente en su *Morfología general* (1862-1865). El elemento psíquico es para él, como para Czolbe, un elemento original del universo, aunque existe en grados sobremanera diferentes, desde el alma del átomo y de la célula hasta las almas de los organismos superiores.

Esta teoría animista de Haeckel da que pensar, porque muchas veces ha recurrido á la influencia de las almas para explicar movimientos orgánicos, en lugar de buscar una explicación que se base únicamente en la ciencia de la naturaleza. Por otra parte, explica á veces ciertos fenómenos psíquicos como simples combinaciones de carbono más complicadas y más inconstantes, ó moléculas de albumina del tejido nervioso. Cree haberse sobrepuesto al materialismo y al espiritismo, y, sin embargo, subsisten en él proposiciones de aspecto espiritualista, así como proposiciones de sentido materialista. Para dar forma á sus principios no ha penetrado por un estudio severo las leyes de la conservación de la materia y de la energía. Lo que puso en movimiento sus ideas fué la doctrina de Darwin, y ha buscado un principio supremo que pueda conciliarse con la gran unidad de la naturaleza indicada por la nueva doctrina. El monismo conduce, según Haeckel (*Morfología general*, II, págs. 445-451), á la idea de Dios más sublime. En la gran ley causal que envuelve á toda la divinidad, se revela como si abarcase toda la naturaleza y como si obrase en todo fenómeno de la naturaleza. La concepción ordinaria de Dios es una creencia en dos Dioses: es un anfitelismo y no el monoteísmo, porque al lado de la divinidad establece las causas naturales.

Haeckel fué uno de los primeros naturalistas alemanes que se adhirieron á Darwin, y sostuvo con mucho ardor su teoría, á la cual atribuía una certeza y daba una extensión que el fundador de la teoría, espíritu crítico y reflexivo, no podía aprobar siempre. Sin cesar construía árboles genealógicos de especies actuales, y no tenía escrúpulos en creer en

una formación perpetua de la materia orgánica. No advierte los límites de una hipótesis ni la necesidad de una comprobación; sólo eso permite explicar que pueda compararse, sin más ni más, la hipótesis de Darwin á la de Newton. Acusaba á Darwin de conceder demasiada importancia á las objeciones hechas á su teoría. El gran sabio movía la cabeza viendo el celo de su joven adepto. *Your boldness sometimes makes me tremble*, le escribía (19 de Noviembre de 1868). Las particularidades mencionadas aparecen, aún más claramente que en sus declaraciones anteriores, en su obra más reciente. (*Los enigmas del universo*: Estudios populares sobre la filosofía monista; Bonn, 1899.)

La teoría de la conservación de la materia y de la fuerza, y la teoría de la evolución de las especies por la selección natural, eran (como ya se ha observado) los resultados de las ciencias naturales que debían, principalmente, poner la flexión en movimiento durante el período que siguió á la mitad del siglo. Ahora que hemos visto las tentativas hechas por los sabios para fundar una filosofía sobre estos resultados, vamos á pasar al examen de la posición ocupada por los filósofos de profesión enfrente de estos resultados.

3.—Construcciones idealistas sobre base realista.

a)—*Rodolfo Hermann Lotze*

La filosofía idealista tiene en la última mitad del siglo su representante más considerable en la persona de Lotze. Por su personalidad y por el desenvolvimiento de su espíritu, aparece como un hombre que ha recogido en sí de una manera interesante tanto los motivos idealistas sobre los cuales construía la filosofía romántica, como el estricto desarrollo de la concepción mecánica de la naturaleza que ganó terreno dentro de la ciencia á la mitad del siglo. Lotze es maestro en el arte de desarrollar una idea, de explicar un pensamiento y de hacer resaltar todos sus matices; no se cansa de renovar un problema y de tratarlo, contemplándolo bajo distintos as-

pectos. Su ideal era en el fondo el de la filosofía romántica: quería derivar todo desenvolvimiento y todo encadenamiento del universo de una idea eterna que contenga la razón última de todo lo que se realiza, así como del valor que posee lo que se realiza.

Sin embargo, bien advertía que semejante derivación sobrepasa á las facultades del pensamiento humano, y que si los pensadores del romanticismo se imaginaban haber dado semejante derivación, la razón consistía en que en ellos la tendencia poético-religiosa sigue involuntariamente á la tendencia filosófica. Por eso Lotze separa el elemento poético-religioso del elemento especulativo. Su sentido delicado de la poesía le hizo comprender que su envoltura romántica no puede ser más funesta. Y este sentido poético está emparejado con su afición á los matices individuales y á las relaciones que la filosofía especulativa volatizaba con demasiada frecuencia en sus abstracciones. Por medio de este sentido, el interés especulativo de Lotze se asocia á su tendencia realista.

Se trata ante todo para él de concebir los fenómenos en su naturaleza concreta y en su encadenamiento determinado, regular; luego el pensamiento filosófico tiene por objeto descubrir los postulados sobre los cuales se basa este encadenamiento real. El elemento poético, el elemento científico y el elemento filosófico, están así estrechamente unidos en Lotze, y pocos espíritus estaban tan bien preparados como él á tratar el problema que se había planteado y que la situación moral de su época le inspiraba: la reconstrucción de una filosofía idealista sobre una base realista. Tenía la convicción de que la filosofía romántica había desdorado las condiciones reales y el encadenamiento mecánico de la naturaleza, sin los cuales las ideas más considerables son en sí mismas un ideal inútil. De igual manera, estaba persuadido de que el materialismo presenta en primero y en último término lo que no es más que una forma (necesaria en verdad) y un cuadro del precioso contenido de la existencia. Su filosofía es, esencialmente, un análisis del concepto del mecanismo de la natura-

leza, el cual debe demostrar que este concepto lleva necesariamente á la hipótesis de un principio ideal de la existencia, y que, en todo caso, no impide admitir que un principio semejante sea el origen eterno de todo lo que el mundo encierra de bueno y de precioso. Los diferentes motivos y las aficiones que animaban á Lotze se revelan claramente en el desenvolvimiento de su espíritu. Nació el 21 de Mayo de 1817 en Bantzen, en la región que había visto nacer á Lessing y á Fichte. Estudió la filosofía, la medicina y la física en la universidad de Leipzig. Fue iniciado allí en dos órdenes de ideas, que profundizó aparte, y cuya unión debía constituir su labor futura. Herman Weisse, el estético y el filósofo de la religión, fué su profesor de filosofía, y Lotze ha declarado más tarde que no solamente debe una multitud de impresiones de detalle á Weisse, sino que especialmente le introdujo en un mundo de ideas que posteriormente no creyó deber abandonar. Weisse era el representante más eminente del teísmo filosófico. Por intermediación suya, la noción que se forma Locke de la filosofía de la religión está históricamente asociada á la de Schelling; y por ella á la del viejo Böhmé (véase más atrás).

Dirigiendo una ojeada retrospectiva á su desenvolvimiento (*Escritos polémicos*, págs. 5 y siguientes; 1857), Lotze indica que no se ha asimilado las ideas de la filosofía especialista como un sistema dogmático acabado, sino como una forma particular de cultura espiritual. Muy en edad temprana, concibió el postulado de que la razón última de las cosas no puede ser más que un principio espiritual; postulado que no abandonó jamás. Estudió la medicina y la física bajo la dirección de Weber, Volkman y Fechner. Así aprendió á conocer el método y el concepto de las ciencias naturales. En el mismo año recibió el grado de doctor en filosofía y de doctor en medicina. Entonces se hizo profesor de estas dos ciencias, aun cuando se le hubiera confiado en 1842 una cátedra de profesor de filosofía. Después de haber enseñado algunos años en Leipzig, sucedió á Herbart en Göttinga, don-

de escribió sus obras más considerables. El año antes de su muerte fué nombrado profesor de Berlín, pero pronto sucumbió á una enfermedad de que padecía hacia mucho tiempo (1881). Su vida era pacífica, dedicada al estudio, al pensamiento y á la enseñanza académica. Una unión rara de la universalidad y de la profundidad le permitía orientarse en dominios muy diferentes; lo cual atestiguan no solamente sus obras de medicina y de filosofía, sino toda una serie de pequeñas artículos y de reseñas bibliográficas (publicadas después de su muerte en cuatro volúmenes bajo el título de *Opusculos*). Descansaba de su rudo trabajo científico ocupándose de arte y de literatura. Así traujo como por juego el *Antigono* en versos latinos.

Como escritor médico, Lotze se propuso, según hemos indicado ya, defender el carácter de la fisiología en cuanto ciencia mecánica de la naturaleza. Quiere explicar la originalidad de los fenómenos orgánicos, no invocando una mística fuerza vital, sino indagando la manera determinada y regular con que las fuerzas generales de la naturaleza obran en el organismo. Como en toda la naturaleza, debemos encontrar aquí la explicación en la acción recíproca de los elementos reales. Sólo porque puede sustraerse al encadenamiento mecánico de la naturaleza es por lo que la vida orgánica se distingue del mundo inorgánico: por la manera peculiar con que se forman series concordantes de efectos.

La idea del organismo se ha convertido en el tipo de toda la concepción del mundo en la filosofía especulativa de la naturaleza; así una corrección introducida en esta idea, debe tener una significación filosófica general. Se comprende que no solamente el interés médico de Lotze, sino su interés filosófico, hayan encontrado satisfacción en los trabajos que hizo en este sentido. (*Patología y terapéutica generales en cuanto en este sentido*. (*Patología y terapéutica generales en cuanto ciencias mecánicas de la naturaleza*; 1842: *Fisiología general de la vida del cuerpo*, 1851.) Estas obras determinaron á algunos materialistas á ver en Lotze un colega, aunque hubiera declarado categóricamente que el organismo no era

más que una parte de su concepción de la naturaleza, y no toda su concepción. Es característico de Locke que escudada así los problemas. Había desarrollado sus ideas generales en filosofía en su *Metafísica* (1841). Pero no se sentía de ningún modo dispuesto á ampliarlas cuando comenzó á enseñar, y en lo que concierne á las ideas definitivas, remitió continuamente á obras futuras. En su *Psicología médica ó fisiología del alma* (1852), se extendió ampliamente sobre las relaciones del espíritu y de la materia, y al mismo tiempo dió investigaciones psicológicas de un interés durable. Puso en ejecución, en el período siguiente (1856 á 1864), un proyecto que había acariciado durante largo tiempo al publicar su *Microcosmos* (3 volúmenes). Esta obra, que tiene analogía con el *Cosmos* de Humboldt y con las *Ideas* de Herder, pone la psicología en relación estrecha con la fisiología y con la historia de la civilización; termina por una exposición de las ideas de Lotze sobre la cosmología y sobre la filosofía de la religión. Podía expresar aquí todas sus aficiones y todos los caminos diferentes que habían seguido su pensamiento y su sentimiento. La obra está redactada en un estilo popular y se ha vulgarizado considerablemente. Después de haber publicado una penetrante *Historia de la estética en Alemania* (1868), Lotze procedió á una exposición sistemática y definitiva de su filosofía. Pero no llegó más que á terminar dos partes: *Tres libros de lógica* (1874); *Tres libros de metafísica* (1879). El tercer tomo, que debía comprender la estética, la ética y la filosofía de la religión, no llegó á componerse. Su filosofía quedó, pues, sin acabar; no le fué dado coronar su obra demostrando cómo las ideas que había emitido en dispersión, se unían en una sola trama. Se encuentran breves exposiciones de la doctrina de Lotze en las lecciones (*Bosquejos*) publicadas después de su muerte. Hay que señalar, sobre todo, los *Apuntes de lógica y enciclopedia de la filosofía*, que dan una idea nítida y clara de todo su sistema. Vamos á insertar á continuación una característica de los tres puntos principales de su filosofía.

a) *La concepción mecánica de la naturaleza.*—El pensamiento de Lotze tiene dos puntos de partida: un vivo sentimiento del valor de la vida espiritual, el sentimiento de que lo más sublime que poseemos está ligado al desenvolvimiento espiritual y á sus fines ideales; y, además, la firme convicción de que es necesario un sistema de causas mecánicas y de leyes para realizar aun el ideal más elevado. Dice en alguna parte que puede creer en ideas activas, pero no en ideas más altas. Sin embargo, estos dos puntos de partida no se manifiestan en él completamente aislados. Partiendo de uno, trata de demostrar la posibilidad de reconocer el otro. El rasgo más característico y más científico de su filosofía es que intenta demostrar, analizando precisamente el concepto de mecanismo, que este concepto tiene por postulado el concepto de un principio que se revela como el vehículo y el manantial de las ideas más elevadas, desde el momento en que lo concebimos de una manera inteligible. Lotze quiere resolver subitamente la cuestión: sacando las consecuencias del realismo, quiere fundar el idealismo. Sólo las investigaciones hechas con el espíritu del realismo son, según él, capaces de aproximarnos al fin que se propone el idealismo: reconocer que el mundo es la expresión de una idea de valor soberano. La filosofía romántica había pensado poder derivar de la idea más elevada las formas de la realidad. Se ha descubierto que esa era una tarea imposible. Podemos ahora, por el contrario, intentar remontarnos del dato á sus condiciones por medio del razonamiento. La *deducción* es imposible, pero la *reducción* es posible. Constantemente el pensamiento debe aplicar á sus formas una materia dada. Tanto la cultura general como las diversas ciencias proceden por medio de una multitud de conceptos cuyo origen, importancia y valor no examinan más ampliamente. Entre estos conceptos están la causa y el efecto, la materia y la fuerza, el fin y el medio, la libertad y la necesidad, la materia y el espíritu. Ahora bien; la filosofía tiene por objeto introducir la unidad y la conexión en el mundo de las ideas, haciendo de estos conceptos supuestos en la

vida práctica y en las diversas ciencias el objeto de un análisis especial y señalando los límites de su dominio. (*Apuntes de lógica y enciclopedia de filosofía*, § 88.)

Ahora bien; de todos estos conceptos, el más importante es el que suponemos en todo análisis de la realidad cada vez que hacemos una experiencia ó que buscamos una explicación: el concepto de una relación de causa á efecto, que es general y lo comprende todo. Este concepto no está fundado sobre la experiencia, sino que se supone en toda experiencia. Sin embargo, como la inteligencia de la naturaleza adquirida hasta ahora depende de la realidad de este concepto, éste mismo puede designarse como la expresión de un hecho, y este hecho: que el elemento particular de nuestra experiencia se asocia á otros elementos por medio de un encadenamiento de leyes (el hecho del encadenamiento mecánico), la filosofía debe estudiarlo á fondo y sacar de él todas las consecuencias. No puede deducir este hecho, pero acaso puede descubrir lo que contiene. *Una diversidad de elementos reales en reciprocidad de acción*: tal es el principio sobre el cual construye la concepción mecánica de la naturaleza, y, como hemos visto, Lotze estaba tan firmemente convencido de la necesidad absoluta de este principio, que trabajó con ardor él mismo por hacerlo reconocer en fisiología, donde reinaba aún el vitalismo, que invocaba una «fuerza vital», la cual lo formaba y lo gobernaba todo. Pero decir que el encadenamiento mecánico es un rasgo necesario de nuestra concepción del mundo, no es decir que sea el rasgo único, el que decida de todo. Por el contrario, Lotze afirma «la legitimidad absoluta del mecanismo; pero al mismo tiempo su importancia absolutamente subordinada en el universo». (*Tres libros de metafísica*, pág. 462.) Y un análisis exacto del concepto de mecanismo nos hará ver que es así.

La concepción mecánica de la naturaleza (si uno se forma una concepción definitiva del mundo), se detiene en una multiplicidad de elementos (átomos) en reciprocidad de acción.

Proclama un pluralismo. Pero ¿qué relación tienen los elementos con el encadenamiento de que forman parte? ¿Pueden existir por sí mismos, abstracción hecha de este encadenamiento, de suerte que este encadenamiento fuese una relación indiferente para su esencia, ó no están precisamente determinados en absoluto por el enlace en que se encuentran con el mundo en cuanto conjunto? La acción recíproca y el encadenamiento no pueden, con todo, flotar libremente sobre ó entre los elementos; suponen su unidad interior. Si admito, en efecto, que los dos elementos A y B son absolutamente independientes, su acción recíproca se hace incomprensible. En cuanto estado completamente acabado, un efecto no puede referirse de A á B. Lo que se produce en A, no puede tener sentido para lo que se produce en B, á no ser que A y B no sean en realidad sustancias independientes absolutamente distintas y sus estados sean los estados de una sola é idéntica sustancia más comprensiva. Una multiplicidad de seres independientes haría incomprensible la acción mecánica recíproca; no se comienza á comprender más que con la creencia en un sér infinito, que lo abarca todo, cuyos momentos ó puntos de acción son los elementos individuales. El concepto de «tránsito» de una fuerza ó de una influencia de un elemento independiente á otro no puede sostenerse. La causa *inmanente* (**causa immanens**) es la única inteligible, pero no la causa *transitiva* (**causa transiens**). Se dan estados en un solo é idéntico sér que pueden estar entre sí en la misma relación que el principio y la consecuencia, pero no los estados de dos seres independientes uno de otro. Entre los numerosos pasajes en que Lotze ha expresado esta serie de ideas, deben citarse *Lógica y Enciclopedia*, §§ 99-100, y *Tres libros de metafísica*, §§ 50-81.

Por el análisis de los conceptos de la relación causal y de la acción recíproca (los conceptos fundamentales de la concepción mecánica de la naturaleza), Lotze ha llegado, pues, á la idea de una sustancia primitiva, de un principio que lo abarca todo. Su pensamiento sigue aquí la dirección

que llevó á Spinoza en su época á su concepto de substancia véase tomo I), y que Kant tomó en sus obras de juventud, sin salirse de ella por completo en sus obras posteriores (véase mi artículo sobre la *Continuidad de la evolución filosófica de Kant*, capítulo I: *Archiv für Geschichte der Philosophie*, 1894).

El concepto de que quería partir la filosofía romántica y del cual trataba de derivarlo todo se convierte para Lotze en el último postulado, ó como él se expresa, el último hecho de nuestro pensamiento. Es imposible desarrollar más ampliamente y de una manera que hable más á la imaginación el principio universal que se supone en la relación de la acción recíproca más sencilla. Estamos aquí en presencia de un *concepto-límite* del cual no podemos prescindir y que no podemos desarrollar (*Tres libros de metafísica*, §§ 73 y 246). Sin embargo, este concepto es el que permite á Lotze conservar lo que era para él lo esencial en la marcha idealista del pensamiento, en la cual había sido iniciado por su maestro Weisse. Gracias á él, encontró una combinación de las dos corrientes opuestas del mundo del pensamiento. Ni los átomos absolutos del materialismo, ni las mónadas de Leibnitz, ni las realidades de Herbart, podían designar para él el término del pensamiento. Al pluralismo debe sustituir necesariamente el *monismo*.

Por lo que se refiere en particular á los átomos, Lotze sostiene que el interés de las ciencias naturales lleva solamente á admitir los elementos que son realmente indivisibles para nuestra experiencia, y que la hipótesis de una pluralidad de elementos extensos (aun cuando nos los representemos infinitamente pequeños) no puede ser el término del pensamiento. Hay que renunciar, ó bien á la unidad del átomo, ó bien á su extensión; en un átomo extenso, cada acción exigirá tiempo é irá de partes en partes, y estas partes serán entonces unidades más fundamentales que el átomo entero. En el concepto terminal de átomo, debemos, pues, hacer abstracción de toda extensión y representarnos los átomos como

centros de energía, que (á consecuencia del análisis anteriormente dado del concepto de mecanismo) son todos, en particular, puntos de partida de la actividad de la substancia primitiva. (*Tres libros de Metafísica*, §§ 190-191 y 245; compárese con la interesante reseña bibliográfica de la *Teoría de los átomos* de Fechner en los *Opúsculos*, III, p. 215 á 238.)

La importancia que Lotze concede á la concepción mecánica de la naturaleza y á las consecuencias que de ella se derivan, constituyen la parte más considerable de su filosofía, aunque no se da á entender esto, por lo general, cuando se hace el elogio de Lotze. Las más de las veces se hace resaltar su tendencia espiritualista, tanto por sus admiradores como por sus adversarios. Y, sin embargo, su mayor mérito, como pensador, consiste en haber analizado el concepto fundamental de la concepción científica de la naturaleza. Sin duda alguna tenía por precursores á Spinoza y á Kant; pero eso no quita nada á su mérito, tanto menos cuanto que, probablemente, no lo ha sabido él mismo. Tiene el defecto, desde el punto de vista de la teoría del conocimiento, de no analizar el concepto-límite al cual llega, y de dejarlo en la forma bajo la cual la filosofía romántica y el dogmatismo anterior lo habían concebido. En general, Lotze no sentía la importancia de la teoría del conocimiento.

3) *Idealismo metafísico*.—La marcha del pensamiento de Lotze, tal como lo hemos descrito hasta ahora, ostenta aún cierta indecisión. Aún se podría preguntar si no tenemos absolutamente ningún medio de formarnos idea más exacta de los elementos y de la substancia primitiva. Vamos á extraer la respuesta que da Lotze á esta cuestión; pero hacemos constar, en primer lugar, que sabe perfectamente que todas las cuestiones que pueden proponerse se apoyan en analogías y están determinadas por otros motivos que los motivos puramente teóricos. La ley de la analogía y la necesidad de ver reproducida nuestra propia naturaleza moral en el universo, que se han revelado como fundamentales en todos los metafísicos idealistas (especialmente Leibnitz, Herder, Schelling,

Beneke), aparecen con una conciencia plena é íntegra en Lotze.

Lotze es atomista, pero no concibe los átomos como materiales, porque, como todas las demás propiedades sensibles, la extensión debe explicarse por la acción recíproca de los átomos, que, por consiguiente, no podrían en sí mismos poseer esta propiedad. Así como la vida y como todas las propiedades experimentales, el hecho sensible de la extensión es debido á la acción simultánea de centros de energía, que deben ser, á su vez, concebidos como los puntos iniciales de la actividad interna del sér primitivo infinito. Lotze no cree que sea imposible que durante el curso del mundo se produzcan comienzos completamente nuevos; eso no está en contradicción con el sistema universal de las leyes, porque la ley no hace jamás sino expresar la sucesión en la cual se producen los estados, pero no un destino exterior; cada elemento, nuevamente formado, recibe su ley, la cual es idéntica «á la esencia de la cosa que permanece constante en el cambio.» (*Tres libros de metafísica*, § 33.) Y los diversos elementos tampoco necesitan de ser absolutamente homogéneos. Sin duda alguna, es indispensable cierta concordancia ó cierta commensurabilidad para que una organización del mundo pueda abarcarlos todos; pero no hay necesidad de una igualdad perfecta. Una ley de la naturaleza puede muy bien asociar entre sí elementos que difieran por la cualidad, cuyo denominador común no podemos encontrar. En último resultado, no es una necesidad lógica, sino una necesidad estética la que nos hace inteligible el universo (*Tres libros de metafísica*, § 59): no es la consecuencia formal de la actividad del sér primitivo, sino la riqueza y la abundancia con las cuales se ejercen esta actividad, las que deciden de la naturaleza de los elementos particulares. En este punto, Lotze pasa claramente de motivos puramente teóricos á razones de sentimiento, sin lo cual ni unos ni otros le permitirían establecer con precisión cómo grandes diferencias cualitativas son compati-

bles con la *commensurabilidad* supuesta por el hecho de la acción recíproca (1).

Si queremos formarnos una idea de la naturaleza interior de los elementos, hay que concebirlos por analogía con nuestra propia esencia espiritual. La concepción mecánica de la naturaleza no nos da á conocer, á decir verdad, más que las relaciones recíprocas de los elementos, pero no su naturaleza interior. Versa sobre las circunstancias exteriores, gira continuamente alrededor de las cosas; es una *cognitio circa rem*. Acaso, como la concepción vulgar de la naturaleza, hace creer que es absolutamente indiferente á las cosas, concibámoslas ó no. Lotze sostiene, por el contrario (ya en su obra de juventud: *Metafísica*, p. 313; 1841), que la subjetividad forma parte de la realidad lo mismo que los objetos exteriores: «no solamente lo que pasa *entre* los séres, sino lo que se produce *en* ellos, es algo verdadero y real.» En sus obras posteriores (primero en la *Psicología médica*), da un paso más, sosteniendo que nuestra esencia subjetiva es el único caso en que conocemos el interior de una cosa y tenemos una *cognitio rei*, y no solamente una *cognitio circa rem*; el único medio de formarnos una idea de la naturaleza interior de las cosas es, de consiguiente, concebirlas por analogía con nosotros mismos; como séres que sienten, y no como séres que tienen ideas, pues el sentimiento es una manifestación de la conciencia anterior á la idea. El empleo de esta analogía es el único medio de pensar las cosas como séres reales, que existen por sí mismas aunque para nosotros sean simples imágenes. Al hacerlo así, aplicamos el método que reduce lo desconocido á lo conocido. (*Tres libros de Metafísica*, § § 96-98.) Y la «necesidad ética» lo exige igualmente, porque ésta es incompatible con un universo del cual una gran parte, acaso la parte mayor, no sea más que el oscuro fundamento de una vida psíquica que debiera extenderse sola-

(1) Sobre la indecisión de Lotze en este punto véase á Max Wentscher: *El concepto de Dios en Lotze y su fundamento metafísico*, p. 19-20; Halle, 1853.